

antiguas brilló con todo el esplendor de sus posibilidades y llegó a su final apogeo.

Ahora ya podemos comprender la elemental oposición entre el alma antigua y el alma occidental. No hay nada más íntimamente distinto en toda la historia de la humanidad superior. Y justamente porque los extremos se tocan, porque acaso las oposiciones arranquen de un fondo común, sepultado en las más profundas capas de la vida, siente el alma occidental, fáustica, esa anhelante aspiración hacia el ideal del alma apolínea, que es la única que el alma occidental ha amado, envidiándole la fuerza con que se entregaba al presente puro.

11

Ya hemos hecho notar que en el hombre primitivo y en el niño hay un momento de la vida interior en que súbitamente nace el yo; y entonces es cuando comprenden ambos el fenómeno del número, entonces es cuando, de pronto, poseen un mundo circundante, y lo refieren al yo.

Cuando la mirada atónita del hombre primitivo ve destacarse en grandes rasgos, sobre el caos de las impresiones, ese mundo naciente de la extensión; cuando la oposición profunda, irreductible, entre ese mundo exterior y el mundo interior ha dado forma y dirección a la vida vigilante, entonces despierta también el *sentimiento primario del anhelo*, en ese alma, que súbitamente se da cuenta de su soledad. Es el anhelo hacia el término del devenir, hacia la plenitud y realización de todas las posibilidades internas; el alma aspira a desenvolver la idea de su propia existencia. Es el anhelo del niño, penetrando a raudales en la conciencia clara, como sentimiento de una irresistible dirección, y que más tarde viene a situarse ante el espíritu viril, como *enigma del tiempo*, enigma inquietante, seductor, insoluble. Las palabras pasado y futuro han adquirido ahora de pronto un sentido fatídico.

Pero ese anhelo, que nace de la riqueza y beatitud de la vida interna, es al mismo tiempo, en los más hondos repliegues de cada alma, *terror*. Así como todo producirse camina batía un producto, en el que *concluye* y remata, así también el sentimiento primario del producirse, el anhelo, está en contacto con el otro sentimiento de lo ya producido, el terror. En el presente, sentimos fluir la vida; en el pretérito, yace lo transitorio. Esta es la raíz del eterno terror a lo irrevocable, a lo ya conseguido, a lo definitivo, a lo perecedero, al mundo mismo, como cosa realizada, en donde con el límite del nacimiento queda marcado también el de la muerte; terror al instante en que la posibilidad sea realidad, en que la vida se cumpla y termine, en que la conciencia llegue a su *fin*. Es ese profundo terror cósmico que embarga el alma del niño y que no abandona nunca al gran hombre, creyente, poeta, artista, en su infinita soledad; terror a las potencias extrañas, que, inmensas y amenazadoras, irrumpen en el naciente mundo en forma de fenómenos naturales. La voluntad de intelección que hay en el hombre siente la dirección, implícita en todo proceso productivo, como un

elemento extraño y hostil, en su inflexibilidad—*irreversibilidad*—; y para conjurar lo eternamente incomprensible le aplica un nombre. La dirección es algo extraño que transforma el futuro en pasado y le da al tiempo, en oposición al espacio, esa contradictoria inquietud, esa ambigüedad dolorosa que ningún hombre de valía deja nunca de sentir.

El terror cósmico es sin duda alguna el *mas creador* de todos los sentimientos primarios. El hombre le debe las más plenas y profundas formas y figuras, no sólo de la vida interior consciente, sino también de su reflejo en los innumerables productos de la cultura externa. Como una melodía recóndita, que no todos pueden oír, insinúase el terror en el lenguaje de formas que habla toda verdadera obra artística, toda filosofía íntima, toda acción importante; y asimismo—aunque perceptible para muy pocos—se manifiesta también en los grandes problemas de toda matemática. Sólo el hombre que interiormente es ya cadáver, el habitante de las grandes urbes postrimeras, la Babilonia de Hammurabi, la Alejandría de los Ptolomeos, el Bagdad del mundo islámico, el París y el Berlín de hoy; sólo el puro sofista intelectual, el sensualista, el darwinista, pierde o niega ese terror, interponiendo entre sí y lo extraño una «concepción científica del mundo» sin arcanos ni misterios.

Así como el anhelo se refiere a ese algo incomprensible, cuyas mil formas cambiantes, inaprensibles, más bien se ocultan que se expresan en la palabra tiempo, así el sentimiento primario del terror se manifiesta por medio de los símbolos de la *extensión*, símbolos espirituales, comprensibles, susceptibles de recibir una configuración. De' esta suerte, en la conciencia vigilante de cada cultura aparecen, distintas en cada una, las formas contrapuestas de tiempo y espacio, dirección y extensión, sirviendo aquéllas de fundamento a éstas como el producirse sirve de fundamento al producto—pues también el anhelo es base del terror, se transforma en terror y no viceversa—, Aquéllas están substraídas a la potencia del espíritu; éstas quedan rendidas a su servicio. Aquéllas son sólo para *vivir*; éstas sólo para *conocer*. «Temer y amar a Dios», he aquí la expresión cristiana que manifiesta el sentido contrapuesto de ambos sentimientos cósmicos.

En el alma de la humanidad primitiva, como también en la del niño, surge el impulso, el afán de conjurar, vencer, aplacar—«conocer»—ese elemento de las potencias extrañas, que irremisiblemente actúa en todo lo extenso, *en* el espacio y *por* el espacio. Conjurar, vencer, aplacar, «conocer», es en el fondo lo mismo. *Conocer a Dios* significa, en la mística de todas las edades primitivas, conjurarlo, inclinarlo a nuestro favor, *apropiárnoslo* íntimamente. Y ello se consigue por medio de la palabra, del «nombre» con que se nombra, se *evoca* al *numen*, o también mediante los usos de un culto, en que reside una fuerza secreta. La forma más refinada y más poderosa de ese acto defensivo es el conocimiento de las causas, el conocimiento sistemático, la limitación por conceptos y números.

Por eso el hombre no es plenamente hombre hasta que posee el *idioma*. Con irresistible necesidad, el conocimiento, que ha madurado en las palabras,

convierte el caos de las *impresiones* primarias en la «naturaleza», con sus leyes, a las que ha de *obedecer*; transforma el «mundo en sí» en «mundo para nosotros» [24]. Aplaca el terror cósmico, dominando lo misterioso, convirtiéndolo en realidad *comprensible*, encadenándolo con las férreas reglas de un idioma propio, cuyas formas intelectuales quedan impresas en la realidad.

Esta es la *idea del tabú* [25], que representa un papel predominante en la vida espiritual de todos los hombres primitivos, pero cuyo contenido originario está ya tan lejos de nosotros, que la palabra resulta intraducible a los idiomas cultos.

La angustia sin reposo, el sagrado temor, la profunda desesperanza, la melancolía, el odio, los oscuros deseos de aproximación, de unión, de alejamiento, todas esas emociones plenamente formadas, propias ya de las almas *maduras*, se mezclan y confunden en ese infantil estado con opaca indecisión. El doble significado de la voz conjurar, que quiere decir al mismo tiempo constreñir y suplicar, ilumina en cierto modo el sentido de ese acto místico, con el cual el hombre primitivo hace «tabú» lo extraño y lo temible. El temeroso respeto ante lo que no depende de él, ante lo que se impone, ante lo legal, ante las potencias extrañas del mundo, *es el origen de toda forma elemental*. En los primeros tiempos se manifiesta por medio de la ornamentación, de las ceremonias y los ritos complicados, de las rigurosas disposiciones de costumbres primitivas. Pero en la cumbre de las grandes culturas esas producciones, aunque no han perdido interiormente el sello de su origen, el carácter de conjuro, constituyen los mundos perfectos de formas que llamamos el arte, el pensamiento religioso, físico, y, *sobre todo, matemático*. El medio común a todas las almas para realizarse en el mundo, el único que todas conocen, es la *simbolización de lo extenso*, del espacio o de las cosas, ya en las concepciones del espacio absoluto universal de la física newtoniana, o en los espacios interiores de las catedrales góticas y mezquitas árabes, o en la infinitud atmosférica de los cuadros de Rembrandt, que volvemos a encontrar en los oscuros mundos sonoros de los cuartetos de Beethoven, o en los poliedros regulares de Euclides, o en las esculturas del Partenón, o en las Pirámides de Egipto, o en el Nirvana de Buda, o en la exquisitez y jerarquía de las costumbres cortesanas bajo Sesostris, Justiniano I y Luis XIV, o, por último, en la idea de Dios de un Esquilo, Plotino, Dante, o en la energía de la técnica actual, que circunda y apresa, como en una red, el globo terráqueo.

12

Volvamos a la matemática. El punto de partida de toda actividad productiva, en la cultura antigua, fue, como vimos, la ordenación de las cosas, en tanto que son presentes, abarcables, mensurables, contables. El sentimiento occidental de la forma, el sentimiento gótico de un alma desmedida, llena de aspiraciones, perdida en las lejanías, prefirió, en cambio, el signo del espacio puro, inintuible, ilimitado. No nos engañemos; estos símbolos, que fácilmente podrían